

con la pluma y con la espada y en defensa de la libertad y la justicia, no sólo en Colombia, sino en Venezuela, en el Ecuador, en Nicaragua, en Costa Rica y en El Salvador, países donde vivió—desterrado, que no amordazado—y en cuyos periódicos dejó muchísimos artículos que convendría recoger cuidadosamente.

Periodista legítimo, de raza y por temperamento, e inteligencia literaria de primer orden, según lo afirma Baldomero Sanín Cano, el “Indio Uribe” fué en Colombia “el más alto representante de la invectiva justa y razonable”. Para valorizar su obra, no sólo en su contenido sino en su forma, hay que pensar en González Prada, a quien iguala en valor cívico y en su amor a la libertad; en Martí, a quien se acerca por la pureza de su apostolado humanitario; y en Montalvo, a quien iguala por su cólera y supera por la sencillez, la precisión, la espontaneidad y la gracia de su prosa, sin igualarlo ni en riqueza ni en primores de estilo.

Natural de Antioquia, tiene allí fervorosos admiradores el fogoso periodista. Su *paisano* el novelista Tomás Carrasquilla, exclama: “¡Yo no sé que será este hombre! Espíritu celeste o satánico, es lo cierto que a mí me fascina. No será un genio, tal vez ni un pensador; pero en eso de revelarse por medio de la forma, se me antoja que nadie lo supera en nuestra lengua... ¡Nadie! En la evolución contemporánea del castellano, ninguno puede comparársele como estilista, ni en las Américas, ni en la Península... La prosa del ‘Indio’ es única y soberana en los dominios de la lengua hispana”.

¡No tanto, no tanto!...

*Prosas del Indio Uribe* contiene un centenar de escritos cortos, apuntes literarios y críticos, pequeñas biografías, y el famoso prólogo al libro *Sobre el yunque* (1913) de Antonio José Restrepo, libro éste en el cual se recogieron, por primera vez, algunos de los escritos del “Indio”. La prosa es sencilla, corriente, briosa y a menudo centelleante. Sin duda alguna, quien estudie el movimiento indigenista en América y al mismo tiempo la evolución del estilo literario, tendrá que reconocer al “Indio Uribe” no sólo entre los precursores, sino entre los abanderados de las primeras filas.

MARIANO PICÓN-SALAS, 1941. *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*.—Caracas, Impresores Unidos, 1940. 142 pp.

En 1941 nos ofrece Picón-Salas cinco discursos sencillos y lúcidos, desnudos de artificio y llenos de noble intención americanista. “Con el mismo calor desordenado con que fueron escritos” se los entrega a su pueblo—“mágico más que lógico”—este año que “será el último de un apasionado lustro en que, después del silencio tiránico de casi cuatro décadas, surgió en Venezuela una vocación de libertad y de democracia”.

Del análisis franco y sereno que Picón-Salas hace del pasado y el presente de Venezuela, llega a la conclusión de que es preciso estructurar la nación; darle conciencia plena de su propio destino; orientarla hacia la acción constructiva, cívica y fecunda; avivarle su voluntad colectiva e iluminarla, educándola, para hacerle ver que "tiene que recobrar el compromiso y la responsabilidad que adquirió en la Historia desde que Bolívar llevó de Caracas a toda la América el ensueño venezolano de la libertad".

Pasada la Guerra de la Independencia, Venezuela vivió para la violencia, el peculado y la rutina, desangrándose unas veces, y otras entregada a la contemplación de su pasado heroico y glorioso, sin preocuparse de la educación del pueblo, indiferente ante su miseria, inconsciente de su porvenir. Fué todo un siglo de azarosos tanteos durante el cual el país anduvo sometido al *mando* de sus caudillos criollos, hasta caer en las garras de un "andino" . . . "astuto y rapaz", el general Juan Vicente Gómez, cuyo sistema de gobierno se convirtió en "una compacta maraña de intereses" en la cual pelechaban sólo enguantados caballeros de industria, usureros desalmados, políticos deshonestos y mercaderes egoístas, y se consumía el pueblo abandonado, ignorante y enfermo.

Empero, con la muerte del "benemérito" . . ., vino a Venezuela el gobierno del general López Contreras, hombre culto, justiciero y ecuanime que supo rodearse oportunamente de un equipo de hombres jóvenes y de buena voluntad, dispuestos todos a trabajar seriamente por salvar a Venezuela. Se construyen caminos, se abren escuelas, se fomentan las industrias y el comercio, se editan libros, se cierran las cárceles, se tolera la libre lucha de ideas, se repatrian los exilados políticos, en una palabra, se vive democráticamente.

Picón-Salas —entendimiento abierto a toda luz, voluntad en trance de creación eficaz— es optimista y tiene fe en su pueblo venezolano. El sabe que ese pueblo, valiente y sufrido, entiende y siente la igualdad racial, la social y la política, y halla en él todos los elementos necesarios para *formar* una nación libre, democrática, fuerte, rica y culta, a condición de que en ella se mantenga viva la ecuanimidad que le trajo el general López Contreras, y de que se les busque inmediata solución a los graves problemas de educación, de sanidad, de producción y de distribución industrial que la afectan.

Picón-Salas quiere que se libren los venezolanos, no sólo de la noción de la vida como acción violenta, sino también de los "ismos" extranjeros de extrema derecha e izquierda, para que entren así en una política nacional propia, americanista y bolivarina. Venezuela, cuna de cuatro hombres ilustres —Bolívar, Rodríguez, Bello y Acosta—, puede hallar en ellos su propia inspiración redentora: en Bolívar, para las grandes empresas libertarias y políticas; en Simón Rodríguez, para las labores educativas americanistas; en Bello, para las labores de alta cultura; y en Acosta, para darle a la vida un noble sentido humanístico.

¡Ojalá que sepan los venezolanos—y los iberoamericanos todos—escuchar el mensaje equilibrado de Picón-Salas!

A. ORTIZ VARGAS, *Las Torres de Manbattan*.—Boston, Chapman & Grimes, 1939. 184 pp. \$2.00.

En *Las Torres de Manbattan* nos ofrece Ortiz Vargas un vasto poema—interesante por el brillo y la rica armonía de sus versos, y noble por contenido ideal—que merece entusiasta acogida en las Américas.

Ortiz Vargas—poeta bogotano venido de mundos “preñados de sapiencia insondable” que le dieron “el ritmo y la clave” de cosas muy altas—hundió “su pequeña fatiga inestable” en Nueva York, y “trenzó en el aire” un cántico digno de la Urbe que está llamada a “cambiar el sentido del mundo”. En gran parte cumplió su difícil cometido. Como lo dice J. P. Crawford en las palabras liminares del libro, Ortiz Vargas no se contentó con admirar el poder y la grandeza materiales de Manhattan, antes bien se esforzó por conocer su pasado, su presente, su porvenir, sus dichas, sus dolores, su lujo, sus miserias, y los valores espirituales que atesora su corazón profundo, acogedor y esperanzado.

El poema se divide en cuatro partes—“La erección de la Torre”, “El múltiple esplendor”, la “La visión colonial” y “El gris panorama”—, un preludio y un postludio, y está henchido de un aliento profético que a veces causa vértigo y otras acaricia con la visión del alba futura y gloriosa.

En el preludio, el poeta se exalta ante las torres de Manhattan, y les pide que suban más alto, porque la tierra es exigua y es preciso que el hombre moderno vaya más allá del “mismo corazón luminar del lucero más alto”, hasta Dios... En Nueva York se agita un enjambre de seres humanos venidos de todos los rincones del orbe, seres que trajeron “cual una victoria su errátil tragedia, su vicio, su odio, su angustia, su desolación”, sus risas y llantos, sus “recónditas fuentes de amor” y su “ciencia acumulada de siglos y siglos sin fin”. Y esos seres son los mismos que levantan la Ciudad, y en su esfuerzo se cifra el porvenir.

“La erección de la Torre” es sobria, dramática, bella. En el rocoso solar de Manhattan levantan los “sobérbios” sus torres audaces—símbolo “del ensueño y el vuelo y el ímpetu”—, poniendo en juego insólito su valor, su ciencia, su industria y su arte. Miles de obreros—taladradores, dinamiteros que “llevan consigo, dormido en la pólvora, más de un cataclismo”, cargadores, forjadores, carpinteros, plomeros, electricistas, picapedreros, decoradores, pintores, arquitectos, etc.—luchan, sudan, gritan y maldicen bajo el estruendoso clangor de maquinarias brutales—palas, grúas, tenazas ciclópeas, tanques, mezcladoras, trituradoras, ca-